

que ya hemos discutido. Cuando el doctor de la ley se convenció de lo que Jesús le había dicho y encontró también muy correcto que el amor a Dios y al prójimo estuvieran por encima de todos los sacrificios y holocaustos, se alegró Jesús y dijo al doctor: «No estás tú muy lejos del reino de Dios.» Después, queriendo que las personas que le rodeaban dirigiesen su atención a lo que para Jesús era lo más esencial del reino de Dios, preguntó a los que estaban a su alrededor: «¿Qué os parece del Cristo? ¿De quién es hijo? Dícnle: De David. Y él les dice: ¿Pues cómo David en espíritu le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra, y pondré a tus enemigos por estrado de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo?» Es seguro que Jesús quiso dar a entender que el reino del Mesías había de ser una cosa todavía muy diferente de una simple reproducción del reino de David. En aquellos días pronunció Jesús también un discurso contra los escribas, diciendo: «Guardaos de los escribas, que quieren andar con ropas largas y buscan los saludos en las plazas, y las primeras sillas en las sinagogas, y los primeros asientos en las cenas; que devoran las casas de las viudas, poniendo por pretexto la larga oración; estos recibirán mayor pena.» Ciertamente es esta una descripción característica tan fina como corta. También observó que el pueblo devoto se agrupaba junto al arca de las ofrendas, lo cual le dio ocasión de decir alguna verdad, demasiado descuidada en la historia de las religiones. La pobre viuda que da en ofrenda su pequeño óbolo, da más que los ricos con sus grandes donativos, porque ella da cuanto tiene. Es un simple ejemplo de aritmética que una fracción de gran numerador necesita para ser igual a otra fracción de numerador pequeño, un divisor proporcional al de la fracción pequeña ( $\frac{1}{1} = 1; \frac{14}{28} = \frac{1}{2}$ ). Este caso de la

viuda es importante para caracterizar a Jesús, porque es otra prueba de que Jesús lo juzgaba todo, no por la apariencia, sino por su verdadero valor, lo que no hacían sus contemporáneos fariseos.

Jesús, estando en Jerusalén, tenía la convicción absoluta del pronto fin del falso régimen religioso que allí dominaba; y así lo indicó en varias parábolas. Ya conocemos la de los malos viñadores; y en el camino de Jerusalén a Betania, donde pasaba por lo regular las noches, le dio motivo para otra parábola una higuera seca: «Tenía una higuera plantada en su viña, y vino a buscar el fruto, y no lo halló. Y dijo al viñador: Tres años há que vengo a buscar el fruto de esta higuera, y no lo hallo; córtala, ¿por qué ha de ocupar aun la tierra? El viñador, respondiendo, le dijo: Señor, déjala aun este año, hasta que yo la excave y estercole. Y si hiciera fruto, bien, y si no, la cortarás después.» En esta parábola se ve claramente que Jesús quería decir que Dios concede un último plazo; pero no se desprende a quién quiso aludir con la higuera, si a los jefes del pueblo de Jerusalén o a todo el pueblo judío en general; si bien desde luego debe rechazarse el último caso, porque ya hemos visto que Jesús no admitía la exclusión del pueblo judío como tal del reino de Dios.

Las dos parábolas, la de los malos viñadores y de la higuera seca, suelen ser siempre mal interpretadas; pero además se explica una tercera parábola en el mismo sentido contra todo el pueblo judío. Esta parábola la dijo también en Jerusalén y su forma más antigua es la siguiente: «Un rey que celebraba las bodas de su hijo, envió sus siervos para que llamasen a los convidados; mas no quisieron ir. Volvió a enviar otros siervos, diciendo: Decid a los llamados: he aquí mi comida preparada; mis toros y animales engordados han sido muertos, y todo está prevenido: venid a las bodas. Mas

ellos no se cuidaron de acudir y se fueron unos a su labranza y otros a sus negocios, y otros, tomando sus siervos, los afrentaron y los mataron. Y el rey, oyendo esto, se enojó; y enviando sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas y puso fuego a su ciudad. Entonces dice a sus siervos: Las bodas a la verdad están aparejadas; mas los que eran llamados a ellas no eran dignos de venir. Id, pues, a las salidas de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos hallareis. Y saliendo los siervos por los caminos, juntaron a todos los que hallaron, malos y buenos; y los lugares de las bodas se llenaron de convidados.» En esta parábola se suele entender por los primeros convidados el pueblo de Israel y por los segundos convidados a los gentiles; pero esto introduce en la explicación de la parábola un concepto que no concuerda con los demás discursos de Jesús. La verdadera explicación es muy palpable para los que conocen las luchas del Jesús histórico: los últimos convidados, los lisiados, los ciegos, los cojos, los pobres, son, como sabemos por la contestación de Jesús a los enviados de Juan Bautista, la parte desechada del pueblo, a la cual siempre se dirigió Jesús para salvarla. Ellos tendrán participación en el reino de Dios, mientras que los famosos devotos del país tienen demasiadas ocupaciones para acudir a la invitación. Con esta explicación concuerda perfectamente la continuación de la parábola, que se encuentra, si bien arreglada, en otra parte. Según esta continuación, inspecciona el amo a los que han acudido a la fiesta para ver si están vestidos como corresponde y expulsa a uno que no se había puesto el vestido que le había sido ofrecido a su entrada. Jesús se dirige en su sermón a las clases rechazadas, pero con la intención de sacarlas de su miseria, y el que no quiere salir, no entra en el reino de Dios.

Sin duda ninguna previó Jesús un juicio en el cual su pueblo sería castigado, y puede ser muy bien que al hablar de esto pronunciara palabras que fueron interpretadas desde luego en el sentido de una pronta destrucción del templo. Ya hemos visto cómo conminó a Jerusalén diciendo: vuestra casa quedará desierta; y también sabemos que anunció la destrucción y reconstrucción del templo cuando hizo su purificación. Esto ha sido motivo para que posteriormente se atribuyera a Jesús un largo discurso sobre la caída de Jerusalén y el hundimiento del templo, discurso que en su totalidad no es auténtico; pero la frase del principio, que dice: «¿Veis todo eso? De cierto os digo que no hay aquí piedra sobre piedra que no sea destruida,» no ofrece motivo para disputar su autenticidad, pues es muy posible que para Jesús apareciera el templo existente tan profanado por la hipocresía farisaica, que no le pareciese ya digno de ser casa de Dios.

Estaba cerca la Pascua; los sacerdotes habían tomado sus resoluciones y habían ganado a uno de los discípulos más íntimos de Jesús, a uno de los doce, el cual debía entregarles a su maestro en un instante y sitio donde su prisión no causara alboroto. Este discípulo se llamaba Judas Iscariote. Ciertamente recibió dinero por la entrega, pero no se sabe por qué hizo traición a su maestro. De Jesús se dice que poco antes comió todavía en Betania y que en esta ocasión le ungió una mujer, y esta unción no debe confundirse con la otra acaecida anteriormente, porque ambas unciones dieron lugar a frases muy diferentes y en extremo características de Jesús. También se comprende fácilmente que estas unciones eran actos muy usados, y que habiendo sido alabados ya por Jesús en una ocasión, fuesen imitados por otras mujeres. En el caso presente calcularon los discípulos que el unguento valía más de trescientos denarios (337 pesetas) y que habría sido mejor distribuir su importe a los pobres; pero Jesús les dijo: «¿Por qué dais pena a esta mujer? Pues ha

hecho conmigo buena obra. Porque siempre tendreis pobres con vosotros, mas a mí no siempre me tendreis. Porque echando este unguento sobre mi cuerpo, para sepultarme lo ha hecho. De cierto os digo que donde quiera que este Evangelio fuere predicado en todo el mundo, también será dicho para memoria de ella lo que ha hecho.» Esta expresión consuela al alma porque defiende contra el concepto riguroso la razón de un gasto al parecer inútil y por lo mismo excesivo, pero que tiene como razón de ser un impulso interior de amor, y considerando Jesús la comunidad de amor entre los hombres como el fin de toda vida moral, no pudo buscar la justificación de aquel acto de otra manera. Con esto también ha justificado y autorizado el vasto ámbito de los afectos humanos permitidos, sobre todo si estos afectos se expresan en una forma artística, pues forma artística tuvo para Jesús el acto de aquella mujer desde el momento en que le atribuyó un valor simbólico que para él representaba su próxima unción para el sepelio. Al mismo tiempo vemos en esta expresión que las ideas de Jesús se fijaban incesantemente en su muerte, pensamiento que parece haberle dominado principalmente en las horas de recogimiento desde la declaración de Simón cerca de Cesarea-Filipos.

Por la noche del 13 de Nisan, o más correctamente, según cálculo judío, la vigilia del 14 de Nisan, estaba Jesús con sus discípulos reunido a la mesa cenando. Jesús tomó el pan, dió gracias, lo partió y dijo: «Este es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria mía,» y después de concluida la cena tomó el vaso y dijo: «Este vaso es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derramará; siempre que bebais, hacedlo así en memoria mía.» Es evidente que Jesús deseaba que sus discípulos repitiesen en adelante este acto como fundado por él, y también es claro que no se figuró su repetición como un acto de culto en el sentido usual de la palabra. Quería que la comida en común, al romperse el pan, se hiciera siempre como símbolo del sacrificio de su cuerpo hecho en beneficio de sus discípulos, y que no vaciaran el vaso sin pensar en el nuevo pacto hecho con la sangre de Jesús; o en otros términos: Jesús quiso que cada comida de sus discípulos les recordara su muerte. Aquí hay que notar la idea particular que Jesús se había formado de su muerte. Se comprende que Jesús, al designarla como el acto de entregar su cuerpo a favor de sus discípulos, tuviera en la mente que estos recogerían el fruto de la misión de su maestro. Esta misión había consistido en darles un ideal o concepto de la vida diferente del cultivado por los sacerdotes. Esto para ellos fué una dicha, mas para el maestro fué la causa de su muerte; así se comprende que Jesús en otra ocasión designara su vida como el precioso rescate con el cual redimía a sus discípulos de los estatutos hechos por hombres. A esta idea añade que sus discípulos, al beber del vaso, se acuerden del nuevo pacto sellado con la sangre de Jesús, y al decir esto tuvo por cierto presente el pasaje de Jeremías, que dice: «Vendrán días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Jacob y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día en que tomé su mano para sacarlos de tierra de Egipto: porque ellos invalidaron mi pacto, bien que fuí yo un marido para ellos, dice Jehová. Mas este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: daré mi ley en sus entrañas y escribiréla en sus corazones: y será yo para ellos Dios, y ellos serán mi pueblo. Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová: porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová: porque perdonaré su maldad y no me acordaré más de su pecado.» Difícilmente habría podido encontrar Jesús en el

mundo de las ideas del Antiguo Testamento, un concepto más grandioso de su propia misión y más adecuado a ella, que el pasaje citado. Si consideró que este nuevo pacto se efectuaba por medio de su sangre, seguramente debió de comparar su muerte con el sacrificio celebrado junto al monte Sinaí al hacerse el pacto antiguo; y así como la celebración de este pacto antiguo hizo necesario un sacrificio, del mismo modo el nuevo pacto exigió otro, que era el de la vida de Jesús. Así se comprende que Jesús considerara su muerte como el remate necesario de la obra de su vida y como un acto de obediencia a Dios, sin el cual no habría podido tener duración la nueva relación en que colocó a los suyos con Dios. Esta es toda la teoría que puede encontrarse en estas palabras sacramentales.

Aquella noche no regresó Jesús, como solía, a Betania, sino que se quedó con sus discípulos en un punto del monte de los Olivos llamado Getsemani (que quiere decir: lagar de aceite). Los motivos que tuvo para no regresar justamente aquella noche a Betania no se conocen, pero la permanencia en el citado sitio le fué fatal, pues allí fué preso por Judas y por un destacamento que había dado a éste el sanhedrin. Los perseguidores se contentaron con prender a Jesús y dejaron libres a sus discípulos; y como urgía el tiempo a causa de la fiesta de Pascua, fué convocado el sanhedrin aquella misma noche por Caifás, ante el cual se hizo comparecer a Jesús para tomarle declaración. No era fácil probar a Jesús un crimen que llevara consigo pena de muerte; pero el objeto de los enemigos no era castigar a Jesús por transgresiones menores. En lo que mas esperaban fundar su acusación era en su expresión tocante a la destrucción y reconstrucción del templo que había pronunciado cuando expulsó a los vendedores y compradores; pero los testigos no pudieron ponerse de acuerdo respecto de la forma de aquella expresión, pues si se había pronunciado en forma hipotética a manera de una orden («destruid y reedificaré»), solo podía declararse a Jesús fatuo y no criminal. Durante toda la causa, cuyo objeto no daba lugar a ninguna duda; guardó Jesús silencio; pero por corto que fuese el acto, para el sumo sacerdote duraba demasiado, y para acabar mas pronto, preguntó directamente a Jesús lo que sus discípulos sabían hacia tiempo, y lo que sus oyentes habían sospechado también desde mucho antes: «¿Eres tú el Mesías, el Hijo del alabado?» A esta pregunta no pudo Jesús menos de contestar, y entonces estalló su secreto tanto tiempo guardado, y contestó: «Lo soy, y con el tiempo vereis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios y le vereis venir en las nubes del cielo.» Estas palabras, seguramente dichas con grande agitación, horripilaron a los doctores de la ley. El sumo sacerdote rasgó sus vestiduras y exclamó: «¿Qué mas testimonio deseamos? Habis oído la blasfemia, ¿qué os parece?» Entonces todos le sentenciaron a muerte.

No se hizo esperar mucho la ejecución, porque la disposición del pueblo no permitía formar ningún cálculo y los enemigos de Jesús temieron una sublevación a su favor. Pronto combinaron su plan, y a la mañana siguiente, tan luego como fué posible, pasó todo el sanhedrin con el acusado atado delante del palacio de Pilato, donde no entraron para no contaminarse antes de la fiesta. Entregaron a Jesús acusándole de haberse declarado rey de los judíos, conforme podía desprenderse de su declaración de ser el Mesías. Al preguntarle Pilato respecto de esto, no contestó Jesús una palabra, y con razón. Creía ser el Mesías y por tal se había declarado, pero de nada le habría servido el decir que su convicción de ser el Mesías no tenía nada que ver con el dominio de Roma, cuanto mas que ésta habría parecido a los gentiles una excusa cobarde. Pilato no supo, pues, qué hacer con aquel preso,

pero luego se le ofreció una buena ocasion de desembarazarse de él sin cometer una injusticia.

Los judíos en la Pascua daban libertad á su servidumbre egipcia, y en esta ocasion se habian concedido desde antiguo amnistías, costumbre que habian seguido los procuradores romanos, dejando elegir á los judíos entre dos criminales políticos. Acordándose de esto Pilato propuso al pueblo, cuando éste le solicitó la libertad de un preso, que eligiera entre Jesus y un tal Barrabás, del cual nada se sabe. Estaba allí todavía todo el clero, que acababa de condenar á Jesus á muerte por blasfemo; y en presencia de aquellos santos varones no se atrevió la multitud á declararse en favor de Jesus; así Pilato dió libertad á Barrabás, y Jesus, despues de haber sufrido la pena usual de los azotes, fué conducido al lugar de la crucifixion.

Pilato habia procedido sin duda correctamente desde el punto de vista jurídico y político. Su obligacion era creer al sanhedrin que habia condenado al hombre unánimemente, y tambien podia creerlo cuando decia que Jesus habia declarado ser el Mesías. Esto era para los romanos una fe peligrosa, porque la esperanza en el Mesías iba, por lo general, unida á la de verse libres de Roma y aun superiores á Roma; de suerte que un hombre que se declaraba Mesías era temible aun cuando sus intenciones fuesen las mas pacíficas, porque fácilmente podia llegar á ser el punto central al rededor del cual se agrupasen los elementos turbulentos. Si por otra parte este individuo era condenado por sus compatriotas, no habia motivo para que el imperio romano le respetara.

El lugar de la ejecucion, llamado Gólgota, estaba situado fuera de la poblacion y hasta allí debia llevar el condenado su propia cruz; pero esta costumbre no fué observada con Jesus, no se sabe por qué motivo. Se obligó á un hombre llamado Simon, natural de Cirene, que justamente llegaba del campo, á llevar la cruz de Jesus. Antes de la crucifixion se presentó á Jesus vino con mucha especia para atontarlo, pero Jesus no lo admitió, porque quiso conservar su conocimiento hasta la muerte. Fué crucificado á las nueve de la mañana. La inscripcion encima de la cruz que hacia saber el crimen, decia: «El rey de los judíos.» A cosa de las tres de la tarde pronunció Jesus las primeras palabras del vigésimo segundo salmo en dialecto arameo: *Eli, Eli, lama, sabachthani*. Esto dió motivo á un indigno juego de palabras con el moribundo. Uno de los que estaban cerca decia: «Oye, llama á Elías;» entonces fué un soldado á empapar una esponja en vino malo de soldado y lo llevó con una caña á la boca del moribundo gritando: «Dejad, veamos si vendrá Elías á quitarte de ahí.» El soldado quiso prolongar la vida de Jesus hasta que Elías viniera acaso á libertarle, pero Jesus murió con un gran grito de dolor.

Respecto de este genio, el mas poderoso de la humanidad, se pudo observar en mayor escala que nunca el deslumbramiento causado por la veneracion que se le profesa, deslumbramiento que impidió notar sus defectos y tambien, como suele suceder, sus méritos mas extraordinarios. Verdad es que siempre ha sido el alma de la confesion cristiana el ideal de vida particular y superior á todas las ideas hasta entonces conocidas que Jesus supo poner al alcance de sus contemporáneos con tanta precision y claridad como poesia y verdad. Ciertamente que este ideal ha sido la base de toda la moderna civilizacion, sin perjuicio de las valiosas influencias ejercidas por la civilizacion greco-romana; pero la fe de Jesus de ser el Mesías, que en sus sermones públicos por nada figuraba, formó un punto principal en la fe de sus discípulos, fe no debilitada por la muerte de su maestro, sino mas bien poderosamente robustecida por las apariciones del resucitado; tanto que las palabras Jesu-Cristo (ó sea Jesus Mesías) llegaron á ser la señal de la fe.

La esperanza de su pronta vuelta en el juicio impulsó á sus discípulos á continuar los sermones de penitencia de su maestro, poco mas ó menos en el mismo espíritu; solo que la calidad de Mesías que Jesus ocultó, fué proclamada públicamente por los discípulos. Inútil es decir que los sacerdotes judíos que habian crucificado á Jesus por blasfemo procuraron sofocar por todos los medios posibles estos sermones; pero esto no tuvo mas resultado que plantear la cuestion de un modo distinto que hizo posible la propagacion del cristianismo como religion nueva.

Un crucificado no podia ser el Mesías segun los doctores de la ley, porque la ley de Moisés dice: «Maldito es el que cuélgase del leño.» Esta sentencia fué transformada para su propia salvacion por un jóven doctor de la ley que, como Jesus, estaba convencido de que sus colegas imponian al hombre cargas que no podia llevar, y se dijo: Si Jesus es el Mesías, no vale la ley que maldice al crucificado. Aquel jóven era Saulo de Tarso ó Paulo, conforme se llamaba como ciudadano romano, que sin haber conocido á Jesus en vida, hizo de su nombre el estandarte de una nueva religion de salvacion. Lo mas esencial de su proclamacion de la religion de Jesus, era que un Mesías dotado de todas las cualidades y condiciones que la teología judía atribuía al futuro Mesías ideal, habia sido crucificado, y que con esto habia librado á los hombres del yugo de los estatutos del Testamento antiguo y de los fariseos, con lo cual se habia hecho posible una vida santa en espíritu cumpliendo la voluntad de Dios por impulso propio interior sin ser obligado á ello. Juntamente con esta idea se conservó la esperanza en la vuelta del Mesías y en el establecimiento de su imperio resplandeciente. Se ve que todo esto son en esencia ideas propias de San Pablo. Verdad es que dentro de estas ideas caben los sermones de Jesus, y tambien el paralelo entre los adeptos de Jesus y los fariseos, el amor misericordioso de Dios, la vida de las personas en el santo espíritu, la fe en el juicio venidero y en el establecimiento de un reino de Dios esplendoroso, y finalmente la fe de Jesus en sí mismo como Mesías, todo lo cual proclama San Pablo tambien. El progreso efectuado por Pablo está en el triunfo de la fe en la cruz del Mesías sobre el particularismo judío. Basándose Paulo en el hecho de que Dios habia anulado la ley de Moisés por la muerte en la cruz de su Mesías, podia admitir en la comunidad cristiana á paganos sin imponerles la religion judía, es decir, sin hacerles circuncidar; y por lo mismo predicó á los gentiles el Evangelio del Mesías, del juicio y del futuro reino de Dios, porque estaba convencido de que habia desaparecido la valla que hasta entonces habia separado á los judíos de los gentiles. Esto, sin embargo, no se hizo sin perjudicar al Evangelio proclamado por Jesus, porque apartó el centro de gravedad de la vida de Jesus y lo separó de su obra profética histórica llevada á cabo con su muerte en la cruz. Por medio de esta separacion anuló Paulo la ley mosaico-farisea. Esto constituyó el segundo punto principal de la proclamacion de la religion cristiana: el envío del Mesías al mundo, ó sea el nacimiento del Cristo; y lo que hubiere debido ser el eje de la proclamacion de Jesus, á saber, sus sermones dirigidos á transformar en principio toda la vida social de entonces, acabó por ser un mero apéndice en el cristianismo de San Pablo, y este apéndice nada tenia que ver ya, bien considerado, con la vida histórica de Jesus. Para San Pablo la cuestion era lo que tenia que hacer el hombre despues que por la muerte de Jesus en la cruz habia sido libertado del yugo de la ley mosaico farisea; mas hay que reconocer que la importancia dada así á la muerte en la cruz, fué sin duda favorabilísima á la propagacion del cristianismo, por su afinidad con muchas y antiquísimas leyendas de divinidades, como las del Adonis

moribundo; la del Prometeo encadenado, etc. El nuevo cristianismo al alcance de los gentiles transformó muy pronto lo que le servia de base, la muerte del Mesías en la cruz; porque en lugar del reino de Dios venidero terrenal, creó la casa paterna en el otro mundo, en la cual los creyentes se reunen despues de su muerte; y el nombre de Cristo quedó reducido al de Jesus, cuyo mérito consistia para los creyentes en la seguridad de tener vida eterna en la casa paterna de la otra vida, basándose para ello en el nombre de Hijo de Dios que se daba á Jesus en los relatos mas antiguos, y en la suposicion de haber existido el Mesías desde la eternidad. Tambien se designó á Jesus con la palabra greco-judía «logos» que quiere decir «revelacion de Dios.» La relacion de este Hijo de Dios con Dios, y la relacion del Hijo de Dios anterior al tiempo con su aparicion histórica en la tierra, ha dado lugar en la Iglesia cristiana en el IV y V siglos de nuestra era á luchas en extremo arduas y trascendentalísimas. La consecuencia de estas luchas fué la creacion de un dogma ortodoxo que desde entonces ha dominado todas las Iglesias cristianas particulares y fué formado sin atender á la vida histórica de Jesus. La tendencia evangélica que quiere mantener en la memoria de la comunidad la historia de la vida de Jesus, ha llenado esta historia desde un principio con abundancia de milagros y ha añadido una nueva descripcion de la vida de Jesus (el Evangelio de San Juan) que corresponde á la imagen posterior de Cristo. Aquí se encuentra justamente el testimonio mas poderoso de la importancia irresistible de las ideas de Jesus, que á pesar de haber sido tan espesamente veladas, han ejercido poderosa influencia sobre toda la civilizacion posterior (1).

Del desarrollo del cristianismo primitivo solo corresponde una pequeña parte á la historia del pueblo judío. Los adeptos de Jesus huyeron despues de su prision á la Galilea, su patria. Allí vió Simon Pedro á su Señor. La misma vision se repitió en presencia de los doce discípulos, que por lo visto habian quedado unidos, ó lo que es mas probable que habian sido convocados por Simon Pedro despues de su vision. El anuncio de los doce acerca de la resurreccion del Mesías obtuvo un éxito felicísimo, porque pronto fué visto Jesus resucitado por quinientas personas reunidas. Poco despues se hizo adepto y jefe de la reciente comunidad cristiana, por efecto de una aparicion de Jesus, el hermano de éste, Santiago, que segun las escasas noticias que se tienen de los parientes de Jesus, no habia querido participar de su vida. Finalmente, otra aparicion del resucitado delante de sus discípulos reunidos les comunicó el impulso de trasladarse todos á Jerusalem, donde probablemente les llamaba un campo mas vasto de trabajo que en la apartada Galilea. En Jerusalem se hallaban todavía, al cabo de quince años por lo menos, los tres jefes de la primera comunidad cristiana, Pe-

(1) Para formarse una idea de la ocultacion lenta posterior del Cristo histórico puede servir el examen de la imagen material que la comunidad cristiana se ha ido formando de su Salvador. Las representaciones mas antiguas de Jesus, hechas con intencion simbólica, figuran á Cristo como pastor que lleva un cordero, como Mercurio que lleva un carnero á Orfeo al ir éste á buscar á su esposa en los infiernos, ó como Baco que trae nueva vida y nueva animacion, ó tambien como el Dios del sol vencedor. Al propio tiempo, ya transformando ó modificando imágenes existentes, ya imitando divinidades antiguas, se formó el tipo que desde fines del IV siglo fué adoptado y conservado por la Iglesia como la verdadera imagen de Cristo segun habia llegado á poder de la Iglesia ora fuese por el rey Abgar de Edesa ó por la santa Verónica. Esta imagen es una transformacion de las figuras de Júpiter, de Esculapio y de Serapis, y desde el año 1506 influyó en la representacion del Cristo sufriendo, la imagen de Laocoonte que fué hallada entonces. Es decir que las ideas propiamente cristianas han llegado á tomar forma por medio de elementos extraños tanto en las imágenes plásticas del Cristo como en la imagen dogmática.

dro, Juan, el hijo del Zebedeo, y Santiago, el hermano del Señor; pero no pensaba en ser comunidad religiosa separada del resto de los judíos. Observaban en general los sagrados usos de Israel, y solo rechazaban el concepto casuista de los fariseos, y esperaban la próxima vuelta de su Señor para efectuar el juicio y establecer el reino de Dios. Para esta fe hicieron prosélitos, y no hay que decir que esta sociedad se mantenía estrechamente unida, y en cuanto era posible hacian sus comidas en comun, sin que faltasen desahogos de entusiasmo manifestados en cánticos y en palabras. En estas comidas comunes al romper el pan y al beber el vino recordaban el sacrificio que Jesus habia hecho de su vida conforme Jesus lo habia instituido antes de ser preso. Muy temprano tambien se introdujo la costumbre de celebrar la entrada de un nuevo adepto en la sociedad, en la cual solo fueron admitidos judíos, como se comprende, con un baño de purificacion. Este baño fué el origen del bautizo cristiano.

Ocioso es decir que esta comunidad cristiana tenia una relacion ya muy distinta que en vida de Jesus con los sacerdotes de Jerusalem, que habian dispuesto la crucifixion de Jesus; de suerte que la conviccion de pertenecer á los discípulos de Jesus iba unida á la renuncia de la autoridad eclesiástica dominante, y aunque fuera de la oracion en comun no existian todavía otros actos de culto, pronto adquirieron valor de tales los dos actos simbólicos, el bautizo y la cena en comun, y todo esto indujo muy pronto al sanhedrin á proceder contra la nueva comunidad.

Ofreció al sanhedrin la primera ocasion de proceder enérgicamente una acusacion contra Estéban. Este era un judío griego que habia ingresado en la comunidad cristiana y recibido de ella, con seis otros individuos griegos, el encargo de velar por las viudas griegas de la comunidad, lo cual prueba que la comunidad contaba ya con un número respetable de adeptos. Estéban habia entrado en discusiones sobre su fe en Jesus con judíos griegos que en gran número habitaban en Jerusalem, y en estas discusiones habia proferido palabras que levantaron contra él una acusacion referente al templo. «Este hombre no cesa, decia la acusacion, de hablar contra el santuario y la ley. Le hemos oido decir que Jesus de Nazareth destruirá este lugar, y cambiará las leyes que nos dió Moisés.» Con estas palabras no habia pasado Estéban de lo dicho por Jesus, pues que Jesus habia rechazado los estatutos rigurosos relativos al sábado como incompatibles con el objeto del sábado, habia anulado en principio las leyes relativas á la pureza levítica, y hasta habia declarado sin valor el permiso del divorcio dado por Moisés. Respecto del templo no son tan seguras las expresiones de Jesus, pero ya hemos indicado la gran probabilidad de que Jesus considerase la destruccion como una necesidad. Estéban no negó el fundamento de la acusacion, y fué conducido, al parecer en tumulto, desde el sanhedrin fuera de la ciudad, donde fué apedreado y muerto, sin que se opusiera la autoridad romana, que veía con buenos ojos todo lo que se encaminaba á conservar el orden existente. Desde entonces los sacerdotes trataron en todas partes de apoderarse de los cristianos, que huyeron refugiándose en Samaria, Fenicia, Siria y Chipre. Todavía considerábanse judíos, bien que expulsados del judaismo.

Entre los perseguidores habia tambien un jóven natural de Cilicia, que en Jerusalem habia visitado la escuela del rabino Gamaliel y que habia sido iniciado por este maestro en los misterios de la ciencia de la ley. Habia heredado de su padre la ciudadanía romana: de constitucion débil, no tenia tampoco la facilidad de lenguaje de los griegos, pero era judío de corazon y de fe hasta el fanatismo; así es que refiere él mismo en escritos posteriores cuando ya hacia tiempo que